

(34)

derecha y á izquierda para desorientarme, y que en el caso de quererles hacer traicion no pudiese descubrir aquel retiro: dejáronme marchar deseándome buen viage.

////////////////////

CAPITULO XX.

—o—o—o—

Habiendo vuelto en mí y á mi libertad, y despues de algunas reflexiones sobre lo que me acababa de suceder, recorrí en mi imaginacion lo que habia hecho y lo que me restaba que hacer. ¿Pero me seria posible esponerme aun á las miradas de los hombres sin ser conocido? ¿No habia ya empleado todos los medios imaginables para librarme de ellos? Mis astucias, mis disfraces multiplicados, eficaces hasta este dia, ¿podrian serlo aun largo tiempo y burlar

:

siempre la actividad infatigable de tantas personas estimuladas por la esperanza de grandes recompensas? Por otro lado, si yo huía de los parages habitados, si continuaba viviendo errante en los montes ó sobre las costas solitarias del Océano, ¿podría volver á ver jamás á mi Elisa, ó saber cuál era su suerte?

«No, me respondia yo, no puedo estar mas tiempo en tan horrosa incertidumbre. ¿Habré yo perdido el valor que hasta aquí me ha hecho arrostrar tantos peligros? Moriré, si es necesario; pero sea buscando siempre á la desgraciada que únicamente me hace apreciar en algo la vida.»

Reanimado por esta resolución, hice alguna variación en mi dis-

fraz, y volví á seguir el camino real, entrando en los pueblos que atravesaba, dirigiendo la vista á todas partes, y haciendo en todas las ocasiones que me parecían favorables, preguntas mas ó menos relativas al objeto de mis investigaciones, pero siempre sin el menor suceso.

Ya tocaba en la desesperación, ya casi estaba para sucumbir, cuando me vino la idea de experimentar si la naturaleza habia perdido sus derechos sobre el corazón de mi padre: lo que él me habia hecho sufrir, las desgracias de los Hansones, á las que habia contribuido no poco, no se presentaban en mi imaginación sin hacerme estremecer de horror; pero una es-

pecie de presentimiento me dirigia á creer que tenia noticia de la suerte de Elisa. ¿Qué sacrificio podia entonces costarme para arrancarle este secreto?

Volví, pues, mis pasos hácia la casa paterna: estaba á la distancia de unas cinco millas cuando un hombre á caballo pasó junto á mí á galope: al momento conocí ser el conserge de la prision donde yo habia estado encerrado, y donde acaso gemia la desgraciada Elisa. Sentí hervir la sangre en mis venas al ver á este vil agente de la tiranía, y no dudé viniese de concertar algun nuevo complot con el autor de todos mis males, ó de recibir el salario de sus odiosos servicios.

Este encuentro habia destruido aquella especie de ilusion que yo habia formado momentáneamente sobre los sentimientos de mi padre, y me faltó en este dia el espíritu para ir á verle. Sin embargo, me esforcé cuanto pude con el designio de afirmarme en mi primera resolucion. Al dia siguiente por la noche me presenté á la puerta de la casa paterna, y pregunté si estaba visible el caballero Cyphon.

«Milord está en casa, me dice el portero, examinándome de pies á cabeza, pero no ve á nadie. Si teneis alguna cosa que decirle, yo me encargaré de comunicársela....

— El asunto que me conduce aquí es mui importante para vues-

tro amo; pero no puedo decirlo sino á él en persona.

— En ese caso volved mañana.

— No, amigo mio, es preciso que yo le hable en este momento. Hacedme el favor, continué yo, dejándole caer una guinea en la mano, de decirle que tengo un asunto interesante que comunicarle.

— Pues, señor, si tanto urge, entrad, me dice entonces el criado saludándome respetuosamente: Milord no acostumbra ver á estrangeros; pero si quereis decirme vuestro nombre, entraré á anunciaros.

— ¡Mi nombre!.... mi nombre es inútil. Decidle que vengo de parte de su hijo; que yo puedo hacerle venir á su poder, pero que

antes necesito hablarle sin testigos.»

El portero me miró un momento: iba á hablarme, y yo se lo impedí suplicándole subiese sin dilacion el recado. Mas de media hora se pasó antes que yo le viese volver, y fue media hora de tormento para mí: la próxima entrevista con mi padre, mi incertidumbre sobre la acogida que tendria, el temor de hallarle inflexible y siempre cruel conmigo y con mi Elisa, el horroroso recuerdo de lo pasado, la perspectiva no menos espantosa que me ofrecia el porvenir, todo, todo esto gravitaba enormemente sobre mi espíritu, y me anonadaba: mi pulso latia con violencia; sentia en la gar-

ganta una especie de sofocacion; apenas podia respirar.... En fin, volvió el portero. «Milord, me dice, consiente en veros, pero quiere sea en presencia de otra persona: no tendreis por estraña esta precaucion si sabeis el peligro á que está espuesto.

— Yo necesito verle solo, repuse; de lo contrario me retiro: si yo fuese su hijo, pudiera temer mi venganza; pero en el estado actual de cosas, sus temores son mui pueriles.

— Pues que insistís en verle solo, no se negará Milord, siempre que antes os dejeis registrar: con esta condicion yo os introduciré en su mismo gabinete.

— Tanta debilidad en vuestro

amo debe hacerle mui desgraciado; pero como yo no tengo ninguna intencion de hacerle mal, me someto á lo que exige.»

Despues de haberme registrado minuciosamente, se me hizo atravesar una porcion de salas que yo conocia tan bien como el que me guiaba: el conserge me dejó al cuidado de otro que me era desconocido, y que estaba colocado como de centinela á la puerta del cuarto que mi padre ocupaba: le abrió, y dijo inclinándose profundamente: «Milord, aquí está el extranjero esperando que le permitais entrar.

— Que entre, respondió una voz que no habia podido olvidar.»

Todos mis miembros tembla-

ban: yo apretaba con mi mano mi pecho palpitante, y dándome valor el retrato de mi Elisa que llevaba sobre mi corazón, entré.

Sobre la mesa dos pares de pistolas y una espada desnuda fueron los primeros objetos que se ofrecieron á mi vista; pero lo que llamó bien pronto toda mi atención, fue mi padre: su rostro se habia envejecido; sus miradas vagas y como desatinadas tenian alguna cosa de hurañas, y la inquietud combinada con la sospecha habian alterado enteramente su fisonomía: en fin, no era ya el mismo hombre. Este espectáculo me llenó de terror y de piedad: yo temblaba y guardaba silencio: él fue quien me dirigió la palabra.

«Me han dicho que conocéis al desgraciado que en otro tiempo llamaba yo mi hijo: ¿es cierto?»

— Señor, exclamé yo, cayendo de rodillas á sus pies, dignaos fijar vuestros ojos sobre mí, y mirad á vuestros pies á ese desgraciado hijo, víctima inocente de vuestro resentimiento.

— ¡Cómo, vos! exclamó retrocediendo de terror y admiración.... ¡Teodoro! ¿vienes con el designio de asesinar á tu padre?»

— No, no: el cielo me confunda en este instante si he podido concebir tan atroz proyecto: no, no, padre mio: contemplad el miserable objeto de vuestras venganzas, y dispensadle una mirada de compasión. Reflexionad cuál ha

debido ser mi desesperacion, cuando aquella que yo amaba mas que á mi vida, ha sido arrancada de mis brazos y sacrificada á los mas infames deseos: mirad cuanto yo he sufrido y cuáles son mis delitos y mis yerros. ¿No me he mostrado constantemente obediente y respetuoso? Una vez, una sola vez me he resistido á vuestra voluntad; pero se trataba de la felicidad de mi vida. ¿Los sufrimientos de un hijo no despertarán en vuestro corazon un sentimiento de piedad? ¿La naturaleza puede haber perdido en vos todos sus derechos? No, no es posible: volvedme á mi padre y á mi esposa.

— Lo he jurado, exclamó furioso, dando un golpe con el pie so-

bre el piso; jamas esa desgraciada será tu esposa con mi aprobacion. Yo he destruido ya el vil reptil, que elevándose contra mí, me ha impedido realizar los planes formados para el engrandecimiento de mi familia: huye de estos lugares, marcha con esa criatura á partir la suerte que uno y otro mereceis: tú la hallarás confundida entre las prostitutas: un veneno vergonzoso circula por sus venas y ha corrompido su sangre: marcha, vuela á sus brazos; tú eres digno de ella, y yo estoi vengado.»

Al oír este discurso, me sentí transportado de furor, y dejando la postura de suplicante en que habia estado hasta entonces: «¡Tirano inexorable! exclamé rechinan-

dó los dientes y casi sofocado por la cólera: ¿cuál es ese poder que la casualidad de mi nacimiento os ha dado sobre mí? ¿Creeis tener el derecho de atormentarme y hacerme sufrir mil muertes? No, no: si desconocéis los deberes de un padre, si no usais de ese título mas que para ser mi verdugo, vos mismo rompéis los lazos que nos unen: esto es hecho: renuncio y arranco de mi alma todos los afectos filiales, y no quedan ya en ella mas que el horror y el odio que me inspira vuestra crueldad. Teniais un hijo, y desde este momento ya no le teneis: el orgullo, ese vano fantasma al que habeis sacrificado la naturaleza, va á empezar vuestro suplicio: vuestro nombre desapa-

recerá bien pronto cubierto de vergüenza y de infamia, ejemplo horroroso para los padres desnaturalizados; y últimamente, descendereis á la tumba, víctima de remordimientos inútiles y cargado de la execración de todo el que merece el título de hombre.»

Estaba demasiado enagenado para poder replicar; pues las expresiones faltaban al exceso de su rabia. Estaba en pie: sus ojos, fijos sobre mí, parecia que lanzaban rayos: yo me retiré desesperado, negándome á responder á las preguntas de los criados que me rodeaban, cuando oí la voz de mi padre, que gritaba me detuviesen; pero habiendo amenazado con tender á mis pies al primero que se



(50)

me acercase, llegué hasta la puerta exterior, y salí.

La noche estaba sombría y borrascosa, y yo.... ¡gran Dios, cuál era mi situación!!! La idea horrorosa de Elisa en el rango de las mas viles prostitutas, de esta jóven pura y virtuosa, entregada á la lubricidad de los hombres mas indecentes!!!.... Esta horrible idea me entregaba á las mas fuertes convulsiones de la rabia.... ¡cruel, horrorosa profanacion!.... Perdonadme, queridos amigos.... apenas sé lo que escribo....

El viento soplaba con violencia, y la lluvia caía por torrentes. Yo corria, yo me paraba, me echaba por tierra, estaba fuera de mí, y el nombre de Elisa se mezclaba

(51)

en mis gritos: todo mi cuerpo, aunque mojado por la lluvia, estaba cubierto de un sudor volcánico; invocaba á la muerte: ¡ah! en este momento terrible hubiera yo visto con placer confundidos los elementos, y que el universo entero, volviendo á sumergirse en el caos, me enterraba bajo sus ruinas: sí; hubiera muerto con placer para acabar tantos padecimientos.

Una agitacion tan violenta debia al cabo agotar mis fuerzas, á pesar de toda la energía que sacaban de mi desesperacion. Despues de haber andado largo tiempo errante, sin saber á donde dirigia mis pasos, llegué de repente á desfallecer, y caí en medio del camino.

Ignoro el tiempo que permaneci en esta situacion: ya era de dia cuando abrí mis ojos, y un fuego interior me devoraba; tenia al mismo tiempo tiesos todos mis miembros por el frio, y mis vestidos, impregnados de la lluvia, me incomodaban escésivamente. Apenas tuve fuerzas para llegar arrastrando hasta una zanja que me pareció menos húmeda que el resto del camino: allí me senté deseando la muerte y esperándola con una secreta satisfaccion como el término de mis sufrimientos.

Pasó un carro tirado de un solo caballo y conducido por un paisano que llevaba su muger á su lado: esta me vió, y se lo dijo al marido, quien detuvo su carro para

preguntarme si queria subir.

Este rasgo de humanidad me tocó al corazon, le di gracias y consentí en colocarme á su lado. Mi estrema debilidad no me permitió responder á las preguntas que me hacia la muger: á mi llegada á un arrabal donde vivian estas buenas gentes, el aumento de mi calentura me hizo caer en un delirio estremo: gracias á sus solitudes fui admitido en un hospicio de caridad. La buena muger del artesano vino á verme todos los dias, y los auxilios particulares que ella me procuró, unidos á la fuerza de mi constitucion, me arrancaron aun otra vez de las garras de la muerte.